

ANGEL

1. *Nombre y noción*

La palabra española «ángel» corresponde a la palabra latina *angelus*, y ésta a la griega ἄγγελος. En su acepción corriente, que se generalizó al comienzo de la Edad Media, el término designa espíritus supraterrrestres; pero originariamente no apuntaba, como ocurre hoy, a la esencia de estos seres (en este sentido se les llama «espíritus», «potencias», etc.), sino a su misión de servidores de Dios o del diablo (Agustín, *Serm.* VII, 3: «angelus enim officii nomen est, non naturae»). Son muchas las religiones que conocen espíritus de la naturaleza y seres semejantes a los ángeles, que ocupan una posición intermedia entre la divinidad y el hombre, como los semidioses y los demonios (→ Satán). En el ambiente judeo-cristiano, las funciones de estos seres pasaron, en mayor o menor medida, a los ángeles. Pero la figura

del «ángel» propiamente dicho, como espíritu al servicio de una potencia supraterrrestre, es característica de la fe judía y cristiana, así como de las religiones que han experimentado su influencia (por ejemplo, el antiguo sincretismo y el Islam).

2. Angelología del Antiguo Testamento

a) *Los ángeles en la primitiva religión de Israel.* Desde tiempos antiguos, los israelitas conocían seres intermediarios entre Dios y el hombre y designados con diversos nombres: por su función, מַלְאָכִים (= enviados); en los LXX, ἄγγελοι (= enviados, ángeles: Gn 19,1; 28,12; 32,2; Sal 103, 20); por la forma en que aparecen, «hombres» (Gn 18,2.16; 19,10.12); por su relación con Dios, «ejército de Yahvé» (Jos 5,14) o «ejército del cielo» (1 Re 22,19); por eso el Señor es llamado «Dios de los ejércitos» (Os 12,6; Am 3,13) o «Yahvé de los ejércitos» (1 Sm 1,3.11; Sal 24,10; Is 1,9; 6,3; Jr 7,3; 9,14). Los ángeles estaban junto a Dios en el cielo (Gn 21,17; 22,11), donde formaban su corte (1 Re 22,19); pero según una antigua concepción habitaban también en la tierra (Gn 32,2). Se creía que venían a los hombres como mensajeros de Dios (Gn 16,7s; 19,1-22; Nm 22, 22-35; Jue 13,3) para protegerlos (Gn 24,7.40; Sal 91,11) o para castigarlos (1 Sm 24,16; Sal 78,49).

Entre los ángeles ocupaba un lugar destacado el «ángel de Yahvé» (Gn 16,7.9; Ex 3,2; Nm 22,22-35; Jue 13,13) o «ángel de Dios» (Gn 21,17; Jue 13,6.9), mediante el cual se manifestaba Dios mismo, de modo que, en lugar de su ángel, podía hablarse directamente de Dios (Gn 16,10.13; Ex 3,2-14). Originariamente quizá se concebía este «ángel» como una manifestación de Dios, como el mismo Dios por tanto, que, siendo invisible, en determinadas situaciones se hacía presente y actuaba mediante su «ángel». Pero desde la monarquía, y por lo que se refiere a la concepción popular probablemente desde una época anterior, esta forma de manifestación de Dios fue considerada como un enviado celeste distinto de Dios (cf. 2 Sm 19,28; 1 Re 19,5.7; → revelación).

A veces se habla también de querubines (כְּרוּבִים; nombre que probablemente está relacionado con el *karibu* o *kuribu* con que se designaba en acadio a una divinidad o genio, representado en figura mitad humana mitad animal) que guardan la entrada del Paraíso (Gn 3,24). Se los concebía también como portadores de Dios (2 Sm 22,10; Sal 18,11), y la tradición hablaba de dos querubines colocados sobre el arca de la Alianza, entre los cuales Dios se manifestaba (Ex 25,18-20.22; cf. los querubines, algo distintos en cuanto a la forma, en el santo de los santos del templo de Salomón: 1 Re 6,23-28). La concepción de estos seres supraterrrestres encuentra un desarrollo grandioso en la famosa visión de Ezequiel: cuatro querubines de fuego, cada uno de ellos con cara de un animal distinto —hombre, león, toro y águila—, con manos y pies de hombre y con alas, arrastran el carro de Dios (Ez 1,10).

En la visión de la vocación de Isaías (Is 6,2s.6) se mencionan serafines (שרפים = «ardientes»); nombre con que se designa también a ciertas serpientes [Nm 21,6.8]), seres con seis alas, cara, manos y pies, que se hallan ante el trono de Dios.

Los querubines y serafines no son ángeles en el sentido originario de esta palabra; por eso en un principio no se les dio este nombre. Pero ya en el judaísmo tardío aparecen incluidos en el grupo de los seres que hoy llamamos ángeles [Hen(et) 61,10; 71,7], y así se les puede designar con esta palabra en el sentido que hoy le damos.

Generalmente se atribuía a los ángeles figura humana, como lo demuestran múltiples apariciones (cf. la denominación «hombres»); por tanto, no se suponía que tuvieran alas. Los querubines y serafines, en cambio, eran considerados como seres mixtos, con parte de hombre y parte de animal.

b) *Los ángeles en el judaísmo.* En las épocas persa, helenística y romana tuvo lugar un vasto desarrollo de la angelología, que aparece en los libros canónicos escritos en este período (Job, Daniel, Tobías) y más aún en la llamada literatura apócrifa (Pseudepígrafes), a la que pertenecen los libros de Henoc, el libro de los Jubileos, el apocalipsis siríaco de Baruc, etc. Este hecho se explica, en primer lugar, por la mayor insistencia, con relación a tiempos anteriores, en la trascendencia de Dios, de la que surgió el papel de los ángeles como seres intermediarios entre Dios y el mundo. Por otra parte, el contacto con el pensamiento religioso de los pueblos paganos en que se instalaron los judíos y la admisión, en la religión legítima, de concepciones que llevaban mucho tiempo vivas en la mente del pueblo favorecieron esta evolución (→ Israel).

Los ángeles llevan ahora nombres como «hijos de Dios», en el sentido de seres que están muy cerca de Dios (Job 1,6; 2,1; Dn 3,92; Sab 5,5); «hijos del cielo» [Hen(et) 6,2; 1 QS 4,22; 1 QH 3,22], «santos» (Job 5, 1; 15,15; Sal 89,6.8; Dn 4,10; 8,13; Sab 5,5; Jub 17,11; 1 QS 11,8; 1 QM 12,1.4; 1 QH 3,22) o «santos ángeles» [Tob 11,14; 12,15; Hen(et) 71,8s; 1 QM 7,6] o incluso «divinos» (אֱלֹהִים; 1 QM 1,10s; 1 QH 7,28). Los ángeles se llaman también, según sus funciones, «vigilantes» [Dn 4,10; Jub 4,15; Hen(et) 1,5], «los que nunca duermen» [Hen(et) 39,12s] o «príncipes» (Dn 10,13.20s; 12,1; 1 QS 3,20; 1 QM 13,10), y según su naturaleza peculiar, «espíritus» [Job 13,31; Hen(et) 13,4; 1 QM 12,9; 1 QH 1, 11] o «gloriosos» (1 QH 10,8). Fueron designados, junto con otros seres similares, con el nombre de «espíritus», de modo que Dios fue llamado «Señor de los espíritus» [LXX; Nm 16,22; 27,16; 2 Mc 3,24; Hen(et) 37,2.4, y *passim*]. Dios es «príncipe de los divinos y rey de los gloriosos y señor de todos los espíritus» (1 QH 10,8).

Por representarse a los ángeles como espíritus se les negaba cualquier especie de naturaleza corporal [Hen(et) 15,6; Filón, *De Sacr. Abelis et Caini*, 5] y se les atribuía una naturaleza ígnea [ApBar(sir) 21,6; 59,11]. Se decía que los había creado Dios [Jub 2,2; ApBar(sir) 21,6] como seres inmortales [Hen(et) 15,4.6]. Por eso se creía que no se alimentaban con manjares

terrenos (Tob 12,19; en Gn 18,9 tenemos una concepción más antigua), sino de un alimento celeste, el maná (Sal 78,25; Sab 16,20; 4 Esd 1,19). Cuando aparecían en la tierra, no lo hacían en un cuerpo material, sino en forma de visión (Tob 12,19). Al mismo tiempo se veía a los ángeles bajo el aspecto de figura humana, masculina, de rasgos grandiosos (Dn 8,15; 10,5s.16; Tob 5,4s; 2 Mac 3,26).

Se pensaba que había muchos ángeles [Job 33,23; Dn 7,10; Hen(et) 1, 9; 1 QM 12,1.4; ApBar(sir) 21,6] y que formaban el consejo de ministros de Dios, según el modelo de las instituciones en torno a los monarcas de la tierra, pero manteniendo siempre la absoluta soberanía de Dios y sin conceder a los ángeles ninguna participación en el gobierno del mundo (Job 1, 6-12; 2,1-7; Sal 89,8). Constituían el «ejército del cielo» (Neh 9,6), el «ejército eterno» (1 QH 11,13) que está preparado para luchar por la causa de Dios [Hen(et) 60,1; 1 QM 12,1.4; 1 QH 3,35s].

Se creía que los ángeles visitan a los hombres como enviados de Dios (1 Cr 21,18; Job 33,23; Tob 3,17; Dn 14,33), los protegen [Dn 3,49; 6,23; 2 Mac 11,6; Hen(et) 100,5; 1 QM 9,15s] y les ayudan de diferentes maneras (Tob 5,6; 12,3.14). Los ángeles interceden por los hombres delante de Dios (Job 33,23s) y le presentan sus oraciones [Tob 12,15; Hen(et) 99,3; TestDan 6,2]. Pero también se creía que los ángeles castigan a los hombres por orden de Dios [1 Cr 21,12; 1 Mac 7,41; ApBar(sir) 6,4s].

En la concepción del judaísmo tardío cada pueblo está sometido a un ángel [Dn 10,13.20s; Jub 15,31s; Hen(et) 89,59; cf. LXX; Dt 32,8]; Israel, según una opinión, estaba sometido al ángel Miguel [Dn 10,13.21; 12,1; Hen(et) 20,5]; según otra, no estaba sometido a ningún ángel, sino directamente a Dios (Jub 15,32; cf. LXX; Dt 32,8s). Se asignaba también a cada hombre un ángel especial (1 QS 4,15s); en el hombre habitan dos espíritus, un espíritu de verdad y un espíritu de iniquidad (1 QS 3,18s). En el ulterior desarrollo de esta concepción, cada hombre vino a recibir de Dios un ángel, su ángel tutelar [ApBar(gr) 12,3; Hen(eslv) 19,4].

Se creía que las cosas de la → creación estaban bajo el poder de ángeles: así el firmamento (4 Esd 6,41), los astros [Hen(et) 72,1.3; Hen(eslv) 19,2, siempre que los mismos astros no se consideraban como seres animados de carácter angélico: Hen(et) 18,13.16; Filón, *De Op. Mun.*, 73; *De Gig.*, 8], fenómenos atmosféricos como el viento, el rayo y el trueno, los aguaceros [Jub 2,2; Hen(et) 60,11-21], las estaciones [Jub 2,2; Hen(eslv) 19,4], las aguas [Hen(et) 61,10; Hen(eslv) 19,4], los frutos [Hen(eslv) 19,4] y los metales [Hen(et) 65,8].

Surgieron grupos de ángeles: un grupo de siete [Tob 12,15; Hen(gr) 20,2-7; Hen(et) 81,5; 90,21], de seis [Hen(et) 20,1] o de cuatro [Hen(et) 9,1; 10; 40,2-10], príncipes de ángeles o arcángeles. Se hablaba de siete órdenes de ángeles (TextXII Lv 3,2-8) o diez [Hen(et) 61,10; Hen(eslv) 21,1; en ambos lugares se incluyen los querubines y serafines].

Determinados ángeles recibieron un nombre: Miguel [Dn 10,13; 12,1; Hen(et) 9,1; 10,11; 20,5; 1 QM 9,15s; ApBar(gr) 11,8], Gabriel [Dn 8, 16; 9,21; Hen(et) 9,1; 10,9; 20,7; 1 Qm 9,15s], Rafael [Tob 3,17; 5,4;

9,1.5; 12,15; Hen(et) 9,1; 10,4; 20,3; 1 QM 9,15]; Uriel y una gran variedad de nombres, a veces de carácter fantástico, aparecen sólo en los escritos no canónicos [Hen(et) 9,1; 10,9; 20,2; 4 Esd 4,1; 5,20; 10,28].

Los ángeles no eran considerados como criaturas sin tacha a los ojos de Dios (Job 4,18; 15,15); también se esperaba un → juicio sobre ellos (Job 21,22), pero los libros canónicos del AT no aluden a ningún → pecado de los ángeles. Donde por primera vez se habla de tal pecado es en la literatura extracanáónica, apoyándose en Gn 6,2.4: parte de los ángeles, los que en este pasaje del Génesis se llaman «hijos de Dios», habían pecado teniendo trato sexual con «hijas de los hombres»; en castigo, estos ángeles fueron provisionalmente encerrados en los infiernos, para ser arrojados al fuego eterno el día del juicio [Jub 4,22; Hen(et) 6s; ApBar(sir) 56,12s; Filón, *De Gig.*, 6; Josefo, *Ant.* I, 3,1].

Mientras los esenios se interesaban mucho por los ángeles (cf. Josefo, *Bell.* II, 8,7) y la fe popular iba sin duda mucho más lejos de lo que dejan entrever los documentos literarios, los saduceos, según Hch 23,8, rechazaban esta clase de concepciones. El rabinismo, nacido de los ambientes fariseos, dispensó una amplia acogida a la fe en los ángeles, pero luchó contra las exageraciones y procuró situar esta creencia, en la línea de ideas que refleja el AT, dentro de una relación justa con la fe en Dios.

3. *Angelología del NT*

Las concepciones neotestamentarias sobre los ángeles están montadas sobre las del judaísmo tardío, pero son más sobrias. Los ángeles visitan a los hombres en calidad de mensajeros celestes (Mt 1,20; Lc 1,11.26; 2,9s; Hch 8,26), se les aparecen en sueños (Mt 1,20; 2,13.19) o en estado de vigilia (Mc 16,5), y esto en figura de jóvenes con vestiduras blancas y resplandecientes (Mc 16,5; Hch 1,10). Hay muchos ángeles (Mt 26,53; Heb 12,22; Ap 5,11). Los ángeles son espíritus (Heb 1,14) creados por Cristo (Col 1,16) y reconciliados con Dios mediante su sangre, como todas las criaturas (Col 1,20). Forman el ejército de Dios (Mt 26,53) y representan al mundo celeste (Mt 22,30; Heb 12,22). Sirven a Cristo (Mt 4,11; Lc 22,43) y a sus discípulos (Hch 5,19s; 12,7-10; Heb 1,14). Los niños tienen sus ángeles en el cielo (Mt 18,10); de una manera general, cada hombre, así lo cree al menos la fe popular, tiene un «ángel» que se parece a él (Hch 12,15). Cristo, como Hijo de Dios, tanto antes de su encarnación como después de su exaltación junto a Dios, se halla sobre todas las criaturas angélicas (Mc 13,32 y par.; Col 1,16s; Flp 2,10; Heb 1,5-14). Y para el juicio final vendrá rodeado de los ángeles (Mt 16,27; 24,31; → Jesucristo).

Como ocurre en los escritos apócrifos del judaísmo tardío, en el NT se mencionan diversos grupos de seres celestes: «potencias» (δυνάμεις, *virtutes*: Rom 8,38; 1 Cor 15,24; Ef 1,21), «potestades» (ἐξουσίαι, *potestates*: 1 Cor 15,24; Ef 1,21; Col 1,16), «principados» (ἀρχαί, *principatus*: Rom 8,38; 1 Cor 15,24; Ef 1,21; Col 1,16), «dominaciones» (κυριότητες, *dominatio-*

nes: Ef 1,21; Col 1,16), «tronos» (θρόνοι, *throni*: Col 1,16), sin que se pueda establecer una clara distinción entre cada grupo. Al menos algunos de estos seres encierran algo de demoníaco, están en relación con el diablo y son «espíritus de maldad» (1 Cor 15,24; Ef 6,12; Col 2,15). En cuanto a nombres de ángeles, sólo aparecen Gabriel (Lc 1,19.26) y Miguel (Jds 9; Ap 12,7); este último es llamado una vez «arcángel» (Jds 9), nombre que se remonta al ἀρχάγγελος del judaísmo helenístico [aparece por primera vez en Hen(gr) 20,7] y propiamente significa «jefe de los ángeles». El culto a los ángeles es reprobado (Col 2,18).

Junto a los ángeles de Dios existen también ángeles del diablo (Mt 25, 41; 2 Cor 12,7; Ap 12,7.9). Ocasionalmente se alude al pecado de ciertos ángeles y al castigo correspondiente, sin que de ello resulte una revelación clara (Jds 6; 2 Pe 2,4).

Donde más se habla de los ángeles es en el Apocalipsis, cuyas visiones nos lo presentan realizando diversas misiones encomendadas por Dios. Los tradicionales querubines y serafines aparecen fundidos en un grupo de cuatro «seres vivos» en torno al trono de Dios (4,6-8). Ante el trono se hallan los siete arcángeles, también tradicionales (8,1-9,21), que en otra ocasión son llamados simplemente los «siete espíritus» (1,4). Encontramos luego ángeles de las comunidades (2,1-3,22), ángeles con dominio sobre los vientos (7,1s), sobre tropas de jinetes destructores (9,14), ángeles con las plagas finales (15,1-16,21), un ángel con dominio sobre el fuego (14,18), otro con dominio sobre el agua (16,5), un ángel del abismo, llamado Abaddón, palabra traducida por ἀπολλύων («destructor»), que acaudilla a los demonios-langosta (9,11).

4. Evolución de la angelología en el cristianismo

La angelología cristiana tiene su fuente primera en el AT y en el NT. Pero, en mayor o menor medida, incorporó ideas judías extrabíblicas sobre los ángeles, así como concepciones de la época en torno a los espíritus de la naturaleza, y acogió en gran parte concepciones populares de los distintos tiempos. No obstante, fue desprendiéndose poco a poco de estos elementos extraños para llegar, tras una larga evolución, a la doctrina de la Iglesia, fundada en la Escritura, que podemos llamar definitiva.

a) *Naturaleza de los ángeles.* Los ángeles fueron concebidos siempre como seres espirituales (Ireneo, *Adv. Haer.* II, 30,6s; Pseudo-Dionisio, *Cael. Hier.*, 1,3; Gregorio Magno, *Mor.* II, 8; IV, 8). Por eso se les llama a veces simplemente «espíritus» (Tertuliano, *Apol.*, 22,8; Clemente de Alejandría, *Strom.* V, 36,3; Orígenes, *Contr. Cels.* IV, 24s) y se niega que tengan cuerpo carnal (Ireneo, *Adv. Haer.* II, 20,4). Pero en la época más antigua esto no quería decir que los ángeles carecieran de toda especie de cuerpo, que fueran absolutamente espirituales, sin ninguna clase de corpo-

reidad. En realidad se atribuía a los ángeles un cuerpo inmaterial, según correspondía a su naturaleza (Tertuliano, *De Carne Christi*, 6,9: «constat angelos... substantiae spiritalis, etsi corporis alicuius, sui tamen generis»; Gregorio de Nacianzo, *Or.* XXVIII, 31; Agustín, *De Gen.* III, 10); un cuerpo en el que se pretendía ver cierta semejanza con el aire o el fuego (Basilio, *De Spir. Sancto*, 38: «Ἡ μὲν οὐσία αὐτῶν ἀέριον πνεῦμα, εἰ τύχοι, ἢ πῦρ αὔλον»; Fulgencio, *De Trin.*, 9: «los ángeles buenos tienen un *corpus aethereum, id est igneum*; los malos, un *corpus aerium*»). Pero al mismo tiempo se insistía en que debía evitarse toda concepción material sacada del ámbito de la experiencia humana (Gregorio de Nacianzo, *Or.* XXXVIII, 9). San Agustín conoció ya la opinión de que los ángeles eran espíritus puros, pero no la admitió a causa de su ocasional visibilidad en apariciones (*Ep.* XCV, 8). Los primeros que hablan de los ángeles como espíritus puros son el Pseudo-Dionisio (*Cael. Hier.*, 2,2s; 4,2s; *Eccl. Hier.*, 1,2; *Div. Nom.*, 7,2) y Gregorio Magno (*Mor.* II, 8; IV, 8; VII, 50; cf. *Dial.* IV, 3.29); esta doctrina llegó a imponerse, aunque tuvo que luchar en Occidente contra la concepción opuesta de Agustín, y no triunfó del todo hasta la época de la alta escolástica. De este modo, los atributos asignados por la Escritura a los ángeles no podían ya interpretarse en sentido material, sino como símbolos de realidades espirituales (Pseudo-Dionisio, *Cael. Hier.*, 4,1s; *Div. Nom.*, 7,2).

La aparición de un ángel se explicaba diciendo que éste era contemplado en su → corporalidad etérea (Agustín, *De Trin.* III, 5; *Ench.*, 59; Fulgencio, *De Trin.*, 9) o que para aparecerse tomaba un cuerpo material (Agustín, *De Trin.* III, 5; san Agustín contaba con esta posibilidad, pero no quiso zanjar la cuestión), por ejemplo, un cuerpo aéreo (Gregorio Magno, *Mor.* XXVIII, 3: «ad tempus ex aere corpora sumerent»). En todo caso se pensaba que un ángel nunca se aparece en un cuerpo de carne (Juan Crisóstomo, *Hom. contr. An.* VII, 6), ni en su verdadera forma de ser, sino en una forma de aparición (ἐν μετασχηματισμῷ: Juan de Damasco, *De Fide Orth.* II, 3: PG 94,869 A/B).

b) *Naturaleza moral de los ángeles.* Según la doctrina general, los ángeles fueron creados por Dios (Justino, *Dial.*, 88,5; Atenágoras, *Presb.*, 24, 3; Ireneo, *Adv. Haer.* II, 2,3; Clemente de Alejandría, *Protrept.*, 63,2; Agustín, *Civ. Dei* IX, 23; XII, 26), por el Logos (Taciano, *Or. ad Graec.*, 7,1s; Ireneo, *Adv. Haer.* II, 2,4; Orígenes, *De Princ.* I, 7,1; Atanasio, *Contr. Ar.* I, 62), antes que las demás criaturas (Basilio, *Hom. in Hexaem.* I, 5; Agustín, *Conf.* XII, 13 [el término «cielo» de Gn 1,1 incluye la creación de los ángeles]; *Civ. Dei* XI, 9.32; Gregorio Magno, *Mor.* XXVIII, 34). Fueron creados como seres dotados de → entendimiento y de → libertad para tomar → decisiones de carácter personal y moral (Justino, 2 *Apol.*, 6,5s; *Dial.*, 102,4; Taciano, *Or. ad Graec.*, 7,3; Atenágoras, *Presb.*, 24,4; Ireneo, *Adv. Haer.* IV, 37,1.6; Agustín, *Civ. Dei* XXII, 1; Gregorio Magno, *Mor.* VI, 20); por eso también los ángeles podían pecar (Agustín, *Ench.*, 15). Según una opinión particular de Orígenes, todos los espíritus celestes

pecaron, y según la gravedad de su falta se convirtieron en demonios, almas humanas o ángeles (*De Princ.* I, 8,1). Pero la opinión general era que sólo había pecado una parte de los ángeles (sobre la naturaleza del pecado de los ángeles: → Satán).

Pero según una concepción antigua, tampoco los ángeles que no pecaron gozan plenamente de la bienaventuranza celeste: deben esforzarse por alcanzarla como los hombres en la tierra (cf. IgnSm 6,1; Clemente de Alejandría, *Strom.* VII, 5,2). No están totalmente libres de culpa (Orígenes, *In Nm.* XI, 4; XX, 3s; Ambrosio, *De Spir. Sancto* III, 134; Jerónimo, *In Mich.* II, a propósito de 6,1s, donde alude a los ángeles de las comunidades [Ap 2s] que son alabados y reprendidos) y necesitan el perdón de Dios (Cirilo de Jerusalén, *Cat.* II, 10). Pero poco a poco se fue imponiendo otra concepción distinta, según la cual los ángeles del cielo son seres sin tacha ninguna y plenamente bienaventurados (Metodio, *Symposion*, 3,6; Gregorio de Nacianzo, *Or.* XXXVIII, 9; Agustín, *Civ. Dei* X, 26; *Ench.*, 57; Pseudo-Dionisio, *Cael. Hier.*, 7,2; Gregorio Magno, *Mor.* XVIII, 71; XXVII, 65), que fueron santificados desde su creación por el Espíritu Santo (Basilio, *Hom. in Ps.*, 32,4; Juan de Damasco, *De Fide Orth.* II, 3: PG 94,869 A/B), nunca incurrieron en culpa (Gregorio Magno, *Mor.* XVIII, 71) y gozan de la bienaventuranza en compañía de Dios (Gregorio de Nacianzo, *Or.* XXVIII, 31; Agustín, *Civ. Dei* VII, 30; Pseudo-Dionisio, *Cael. Hier.*, 4,2).

c) *Funciones de los ángeles.* Se creía que los ángeles sirven a Dios (1 Clem 34,5s; Clemente de Alejandría, *Strom.* VII, 3,4; Orígenes, *Contr. Cels.* VIII, 13.25; Atanasio, *Contr. Ar.* I, 55.62; Agustín, *Civ. Dei* X, 26) y que Dios actúa por medio de ellos (Tertuliano, *De An.*, 37,1; Orígenes, *Contr. Cels.* VIII, 47; Agustín, *Civ. Dei* VII, 30; X, 12). Pero también se creía que los ángeles sirven a los hombres, sobre todo a los cristianos [Herm(v) IV, 2,4; Herm(s) V, 4,4; Clemente de Alejandría, *Strom.* V, 91-3; Orígenes, *Contr. Cels.* I, 60; Atanasio, *Contr. Ar.* I, 61; Agustín, *Civ. Dei* VII, 30]. En la línea de esta creencia se atribuía a cada hombre un ángel protector (Clemente de Alejandría, *Strom.* VI, 157,5; Orígenes, *De Orat.*, 11,5; *Contr. Cels.* V, 57; *De Princ.* I, 8,1; Ambrosio, *En. in Ps.*, 38,32; Jerónimo, *In Mt.* III, 18,10) o, según otras opiniones, al menos a los bautizados (Orígenes, *Contr. Cels.* VI, 41; *De Princ.* II, 10,7; Basilio, *Adv. Eun.* III, 1; Juan Crisóstomo, *Hom. Mt.* LIX, 4). Mientras el Pseudo-Dionisio y Gregorio Magno, cuya doctrina tanto influjo tuvo en la angelología, no hablan nunca de un ángel de la guarda individual, en la Edad Media triunfó la idea de que a todos los hombres acompaña siempre un espíritu de esta clase (cf. Tomás de Aquino, *S. Th.* I, 113,2 y 3). Eco de una creencia que aparece ya en el judaísmo tardío es la que quiere ver junto a cada hombre un ángel de justicia y otro de iniquidad [Herm(m) VI, 2, 1-10; Orígenes, *De Princ.* III, 2,4; Juan Casiano, *Coll.* VII, 13]. Según una concepción frecuente en el cristianismo primitivo, también los pueblos tienen sus ángeles (Ireneo, *Adv. Haer.* III, 12,9; Clemente de Alejandría,

Strom. VI, 157,5; Orígenes, *Contr. Cels.* V, 29-32; *De Princ.* I, 5,2; III, 3,3; Basilio, *Adv. Eun.* III, 1; Juan Crisóstomo, *Hom. Mt.* LIX, 4; Agustín, *En. Ps.*, 88; *Serm.* I, 3; Pseudo-Dionisio, *Cael. Hier.*, 9,2-4; Gregorio Magno, *Mor.* XVII, 17), así como las ciudades (Clemente de Alejandría, *Strom.* VI, 157,5; Jerónimo, *In Ir.* VI, 7, sobre Jr 30,12) y las comunidades cristianas [Herm(s) V, 5,3; Tertuliano, *De Pud.*, 14,28; Orígenes, *De Orat.*, 11,3; 31,6s; *De Princ.* I, 8,1; Ambrosio, *Expos. Ev. Lc.* II, 50].

Se atribuía a los ángeles distintas funciones en la creación (Justino, *2 Apol.*, 4,2; Atenágoras, *Presb.*, 10,3s; 24,3; Orígenes, *Contr. Cels.* VIII, 31s.36; Agustín, *Civ. Dei* VII, 30; *De Gen.* VIII, 45.47). La creación material y todos los seres irracionales están sometidos a los ángeles (Agustín, *De Gen.* VIII, 24). Se creía que los ángeles mueven los astros (Clemente de Alejandría, *Strom.* V, 37,2; Orígenes, *In Ir.* X, 6); éstos no se identificaban con los ángeles (Taciano, *Or. ad Graec.*, 12,10), pero para algunos eran seres animados (Orígenes, *De Orat.*, 7; *Contr. Cels.* V, 11) y en ocasiones eran incluidos entre las legiones de ángeles (Agustín, *Ench.*, 58). Los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, estaban presididos por ángeles (Orígenes, *In Ir.* X, 6), lo mismo que las plantas (Orígenes, *op. cit.* XIV, 2). Finalmente había ángeles que tenían dominio sobre los animales [Herm(v) IV, 2,4: «un ángel llamado Thegri»; Orígenes, *In Nm.* XIV, 2; *In Ir.* X, 6]. Pero esta creencia en ángeles de la naturaleza fue también rechazada como indigna de la idea cristiana de Dios (Jerónimo, *In Hab.*, 1,14); no obstante, en una forma más delicada, persistió hasta la Edad Media y aparece incluso en Tomás de Aquino (*S. Th.* I, 110,1-3).

No se explicaba la procreación de seres vivos sin la intervención de ángeles (Orígenes, *Contr. Cels.* VIII, 57; *In Nm.* XIV, 2); incluso la procreación de un ser humano sólo podía realizarse de este modo (Tertuliano, *De An.*, 37,1; Clemente de Alejandría, *Excerpt. ex Theod.*, 53,3; Orígenes, *In Io.* XIII, 50,326s.329.335). Los ángeles no eran considerados como creadores de la vida (Agustín, *Civ. Dei* XII, 25s; *De Trin.* III, 8,13), sino como colaboradores, de una manera que al hombre le es imposible comprender (Agustín, *De Gen.* IX, 16).

Se creía también en la existencia de ángeles encargados de castigar [Herm(s) VI, 2,5-7; Clemente de Alejandría, *Strom.* VII, 12,5; Cipriano, *Ad Demet.*, 22; Ambrosio, *De Abrah.*, 2; Gregorio Magno, *Hom. Ev.* XXXVIII, 5; *Mor.* XIX, 46], considerados a veces como espíritus malignos (Jerónimo, *In Is.* VI, sobre 13,3) y a veces como espíritus buenos (Eusebio, *EH* V, 28,12; Ambrosio, *Ep.* XXXIV, 10; Agustín, *Civ. Dei* IX, 5).

Los ángeles toman parte en el culto cristiano (→ culto; → liturgia. Orígenes, *De Orat.*, 31,5s; Ambrosio, *Expos. Ev. Lc.* I, 12; Gregorio Magno, *Dial.* IV, 58) y celebran con la Iglesia en la tierra las fiestas cristianas (Gregorio de Nacianzo, *Or.* XXXVIII, 17; Juan Crisóstomo, *Sermo de resurrectione*, 3). Los ángeles presentan a Dios las oraciones de los hombres (Clemente de Alejandría, *Strom.* VII, 39,3; Orígenes, *De Orat.*, 11,1.5; *Contr. Cels.* V, 4; VIII, 36; Ambrosio, *Expos. Ev. Lc.* VIII, 61; Agustín,

En. Ps., 78,1) y contemplan desde el cielo a los hombres (Clemente de Alejandría, *Strom.* VII, 20,4; Tertuliano, *De Spect.*, 27,3).

Finalmente se creía que a la → muerte del hombre los ángeles venían para llevar el alma del muerto al otro mundo (Tertuliano, *De An.* 53,6; Orígenes, *In Nm.* V, 3; Gregorio Magno, *Hom. Ev.* XXXV, 8; *Mor.* VIII, 30; *Dial.* II, 35; IV, 7.19).

d) *Grupos de ángeles.* Del judaísmo tardío y del NT se tomó la distinción de órdenes dentro del mundo angélico. Un papel importante asumieron los grupos de cuatro (Sib II, 215), seis [*Herm(v)* III, 1,6s] o siete (Clemente de Alejandría, *Strom.* VI, 143,1) príncipes de ángeles, llamados comúnmente ἀρχάγγελοι («arcángeles»; Ireneo, *Adv. Haer.* V, 25,5; Clemente de Alejandría, *Strom.* VI, 41,2; Pseudo-Dionisio, *Cael. Hier.*, 9,2). Este grupo de ángeles, fijado definitivamente en el número de siete por influjo del libro de Tobías y el Apocalipsis, fue venerado en Oriente y Occidente, especialmente en la devoción popular, a lo largo de toda la Edad Media e incluso en la Moderna, sobre todo en Italia. Así, en Roma, Miguel Angel transformó una parte de las termas de Diocleciano en una iglesia dedicada *virgini sanctae et septem electis principibus angelorum*, llamada comúnmente *Santa Maria degli Angeli*. Pero la teología sólo retuvo los tres arcángeles mencionados en la Sagrada Escritura: Miguel, Gabriel y Rafael, que poco a poco encontraron también acogida en la liturgia (Gregorio Magno, *Hom. Ev.* XXXIV, 9; Sínodo Lateranense del año 745: Mansi XII, 380 A).

Desde el siglo IV aparece el número nueve al hablar de coros de ángeles, tanto en Oriente (Cirilo de Jerusalén, *Catechesis Mystagoga* V, 6; Juan Crisóstomo, *Hom. Gn.* IV, 5) como en Occidente (Ambrosio, *Apol. Proph. David*, 5,20). A este número se llegó considerando como espíritus buenos, celestes, los cinco grupos mencionados en las cartas de san Pablo y sumándolos a los ángeles y arcángeles (cuyo número, poco a poco, llegó a considerarse muy elevado [*Constitutiones Apostolorum* VIII, 12,27: «un millón de arcángeles»]) y a los querubines y serafines. El Pseudo-Dionisio, bajo el influjo del neoplatonismo, transformó esta serie un tanto esquemática y no enteramente en armonía con la Biblia en una división jerárquica compuesta de tres tríadas (*Cael. Hier.*, 6,2; 7-9; *Eccl. Hier.*, 1,2). Esta doctrina de los nueve coros de ángeles se instaló definitivamente en Occidente a partir de Gregorio Magno (*Hom. Ev.* XXXIV, 7; *Mor.* XXX, 48; *Ep.* V, 54), y especialmente desde que Escoto Eriúgena (siglo IX) y otros tradujeron al latín las obras del Pseudo-Dionisio (puede encontrarse una visión y descripción de los nueve coros en Hildegarda de Bingen, *Scivias* I, 6; una descripción poética, en Dante, *Paraíso* XXVIII, 88-129).

e) *Nombres de ángeles.* En cuanto a nombres de ángeles, encontramos sobre todo los que ya aparecen en la Escritura: Miguel, Gabriel y Rafael (Orígenes, *Contr. Cels.* I, 25; Gregorio Magno, *Hom. Ev.* XXXIV, 9). Miguel y Gabriel son los que más suelen citarse juntos (Tertuliano, *De Carne Christi*, 14,3; Orígenes, *Contr. Cels.* VIII, 13). En Siria aparece con mu-

cha frecuencia en tumbas, jambas de puertas y anillos el signo ΧΜΓ, que sin duda debe leerse: «Cristo, Miguel, Gabriel» (cf. RAC V, 182). Además de estos nombres, se encuentra con relativa frecuencia el de Uriel, que designa a uno de los príncipes de ángeles y fue heredado del judaísmo (Sib II, 215; Ambrosio, *De Fide* III, 20).

La fe popular, en parte fomentada también por el clero, y sobre todo la superstición, atribuyó a los príncipes de ángeles y a los ángeles, además de los nombres mencionados en la Biblia, otros nombres, en parte tomados de los ambientes judíos y en parte de propia invención. Estos excesos fueron condenados por la Iglesia en el Sínodo de Letrán de 745 (Mansi XII, 379s) y en diferentes disposiciones de los siglos VIII y IX.

En el siglo xv, el religioso Amadeo Menez de Silva (hacia 1420-1482) pretendió haber recibido de Dios la revelación de siete nombres de arcángeles: Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel, Yehudiel, Barajiel y Sealtiel. Pero cuando se quiso venerar a los siete arcángeles bajo estos nombres, la Iglesia se opuso. Idéntico resultado tuvo el intento de conseguir para el nombre Uriel el reconocimiento de la Iglesia. Fue preciso quedarse sólo con los tres nombres bíblicos.

5. *Doctrina de la Iglesia*

Es dogma de fe que Dios, además del mundo visible, creó un mundo de espíritus invisibles, los llamados ángeles; y la creación de estos seres tuvo lugar antes que la del hombre (Concilio de Letrán IV [1215]: DS 800; repetido en el Vaticano I [1870]: DS 3002; cf. ya el Símbolo Niceno de 325: «credimus in unum Deum... omnium visibilium et invisibilium factorem» [DS 125]). Estos ángeles se han de concebir —de acuerdo con la Sagrada Escritura y toda la tradición cristiana— como criaturas personales (→ persona), no como simples fuerzas o cosa semejante. Una concepción opuesta fue condenada por Pío XII como contraria a la doctrina católica (DS 3891). Sólo deben emplearse los tres nombres de ángeles que aparecen en la Biblia. Por lo demás, puede considerarse como doctrina de la Iglesia lo que dicen sobre los ángeles la Sagrada Escritura y la tradición cristiana. Naturalmente, en las expresiones bíblicas ha de tenerse en cuenta el género literario del texto en cuestión; no están en la misma línea la simple comunicación de un hecho (por ejemplo, los ángeles que ayudan a los cristianos: Heb 1,14) y un relato que utiliza concepciones populares (por ejemplo, el libro de Tobías); es preciso ver si se trata de concepciones relacionadas con una cosmología antigua hoy superada (grupos de ángeles en san Pablo) o de visiones simbólicas, cuyo verdadero contenido ha de buscarse penetrando tras el ropaje de la experiencia simbólica, expresada con elementos de la mentalidad de la época (por ejemplo, en el Apocalipsis). Por lo que se refiere a la tradición cristiana en cuanto rebasa los datos de la Escritura, la teología ha purificado las ideas recibidas sobre los ángeles de oscuridades y errores. En primer lugar ha establecido la naturaleza de los ángeles en la

línea de una espiritualidad total, rechazando toda materialidad, incluso la más sutil, a semejanza del aire o el fuego. Asimismo ha establecido una distinción neta entre ángeles y astros y rechazado las concepciones naturalistas primitivas. Hasta ahora no se ha definido que cada hombre tiene un ángel custodio; pero esta creencia tiene su fundamento en la Sagrada Escritura y aparece muy temprano en la Iglesia, aunque en tiempo de los Santos Padres se observe una cierta inseguridad al respecto. Tampoco se ha pronunciado la Iglesia sobre la cuestión de si los ángeles están divididos en órdenes y de qué naturaleza son éstos. No obstante, se puede deducir del NT que los ángeles existen y actúan de maneras distintas; los textos así lo dejan entrever en cierta medida.

6. *Actitud moderna frente a la creencia en los ángeles*

En el modo de sentir y pensar de los tiempos modernos, los ángeles han venido a ser en gran medida seres que cada vez se relega más al mundo de la fábula, del cuento y de la imaginación infantil. Se los considera creaciones de la fantasía y se niega a menudo su existencia. El ángel puede también convertirse en puro símbolo; por ejemplo, en Rilke (1875-1926), que vacía la idea de ángel de todo contenido cristiano, y según sus propias palabras, ve en el ángel de sus «Elegías» una «criatura en la que aparece ya realizada la transformación de lo visible en invisible que nosotros realizamos» (carta a Witold von Hulewicz; citado en R. Guardini, *Der Engel in Dantes Göttlicher Komödie* [Munich 1951] 47).

El cristiano deberá seguir creyendo en los ángeles en el sentido de la Biblia y de la Iglesia, pero sabiendo que las expresiones bíblicas se han de entender y valorar de acuerdo con los principios que hemos señalado en el párrafo precedente. Asimismo, es preciso mirar con cierta reserva algunas afirmaciones de los Santos Padres o de otros teólogos. La antigua creencia de que los acontecimientos del mundo eran provocados, al menos en parte, por seres espirituales ha sido abandonada para dar paso a una explicación mecánica del mundo donde las fuerzas actúan según las leyes de causa y efecto. Por eso el cristiano ya no puede atribuir a los ángeles obras que, como sabe muy bien, tienen su origen en fuerzas impersonales. Habrá de evitar también todo colorido recargado en torno a la figura de los ángeles. Y deberá recordar que los ángeles, como espíritus puros, nunca se aparecen en un cuerpo verdadero, sino que actúan sobre los hombres de una manera que nos es desconocida, propia de un ser espiritual, y de la que nos habla la Escritura y las experiencias de la vida de la gracia cristiana. Finalmente debe tenerse en cuenta que las ciencias profanas no podrán probar la existencia o la actuación de los ángeles; que existen estos seres lo sabemos por la fe, como decía ya san Agustín: «esse angelos novimus ex fide» (*En. Ps.*, 103; *Sermo* I, 15).

J. Turmel, *Histoire de l'angéologie de temps apostoliques à la fin du cinquième siècle*: RHLR 3 (1898) 289-308, 407-434, 533-552; J. Turmel, *L'angéologie depuis le faux Denys l'Aréopagite*: RHLR 4 (1899) 217-328, 289-309, 414-434, 537-562; A. Vacant-G. Bareille-L. Petit-J. Parisot-J. Miskgian, *Ange*: DThC I (1903) 1189-1271; H. Leclercq, *Anges*: DACL I, 2 (1907) 2080-2161; J. Felten, *Neutestamentliche Zeitgeschichte*, II, Ratisbona 1925, 107-141; W. Bousset-H. Gressmann, *Die Religion des Judentums im späthellenistischen Zeitalter*, Tubinga 1926, 320-331; W. Grundmann-G. von Rad-G. Kittel, *ἄγγελος*: ThW I (1933) 72-86; P. Volz, *Die Eschatologie der jüdischen Gemeinde im neutestamentlichen Zeitalter*, Tubinga 1934; E. Langton, *The Angel Teaching of the New Testament*, Londres 1937; E. Langton, *The Ministries of the Angelic Powers According to the Old Testament and Later Jewish Literature*, Londres 1937; J. Michl, *Die Engelvorgstellungen in der Apokalypse des hl. Johannes I*, Munich 1937; K. L. Schmidt, *Die Natur- und Geisteskräfte im paulinischen Erkennen und Glauben*: Eranos 14 (1947) 87-143; H. B. Kuhn, *The Angelology of the Non-Canonical Apocalypses*: JBL 67 (1948) 217-232; G. Heidt, *Angelology of the Old Testament. A Study in Biblical Theology*, Washington 1949; H. Bietenhard, *Die himmlische Welt im Urchristentum und Spätjudentum*, Tubinga 1951; H. Haag, *Engel*: Bi-bellexikon (1951) 390-398; J. Daniélou, *Les anges et leur mission*, Chevetogne 1952; A. Kolaska, *Gottessöhne und Engel in den voralexandrischen Büchern des Alten Testaments und in der Ras Schamra-Mythologie im Lichte des biblischen Monotheismus*. Diss, Viena 1953; G. H. C. Mac Gregor, *Principalities and Powers: The Cosmic Background of St. Paul's Thought*: NTS 1 (1954-55) 17-28; G. B. Caird, *Principalities and Powers. A Study of Pauline Theology*, Oxford 1956; E. Peterson, *El libro de los ángeles*, Madrid 1957; F. Nötscher, *Geist und Geister in den Texten von Qumran*: Mélanges bibliques (Festschrift A. Robert), Paris 1957, 305-315; M. Ziegler, *Engel und Dämon im Lichte der Bibel mit Einschluss des ausserkanonischen Schrifttums*, Zurich 1957; H. Schlier, *Mächte und Gewalten im Neuen Testament*, Friburgo 1958; A. Winklhofer, *Die Welt der Engel*, Ettal 1958; H. Gross, *Der Engel im Alten Testament*: ALW VI, 1 (1959) 28-42; V. Hamp, *Engel Jahwes*: LThK III (1959) 879; B. Lohse, *Zu Augustins Engellehre*: ZKG 70 (1959) 278-291; J. Michl-R. Haubst-F. Lucchesi-Palli-A. Dörrer, *Engel*: LThK III (1959) 863-874; J. Michl, *Engel*: BW (1959) 130-140; C. D. G. Mueller, *Die Engellehre der koptischen Kirche*, Wiesbaden 1959; H. Schlier, *Die Engel nach dem Neuen Testament*: ALW VI, 1 (1959) 43-56; W. Herrmann, *Die Göttersöhne*: ZRGG 12 (1960) 242-251; J. Michl-Th. Klauser, *Engel*: RAC V (1960) 53-322; K. A. Wirth, *Engel*: RDK V (1960) 341-555; K. A. Wirth, *Engelchöre*: RDK V (1960) 555-601; E. Bertholet, *Mystère et ministère des anges*, Lausana 1963; J. Henning, *Communicatio angelica. Von der Gemeinschaft der Engel als Vorbild für den Menschen*: GuL 36 (1963) 205-215; H. Schipperges, *Die Welt der Engel bei Hildegard von Bingen*, Salzburgo 1963; H. Schlier, *Die Engel nach dem Neuen Testament: Besinnung auf das Neue Testament* (Friburgo 1964) 160-175; W. Cramer, *Die Engelvorgstellungen bei Ephraim dem Syrer*, Roma 1965; K. Rahner, *Angel*: SM I (1972) 153-162; M. Seemann, *Los ángeles: Mysterium Salutis II* (Ed. Cristiandad, Madrid 1977) 728-767.